

Si bien es cierto que en los cantos del hogar, á los que se circunscriben las observaciones precedentes, es donde particularmente se manifiesta la originalidad de Peza y su individualidad literaria, no es esa la única cuerda de su lira; otras hay en que se revela su privilegiado numen y en las que, ora canta las doradas ilusiones que alumbran la entrada de la vida y que en breve se extinguen para no volver; ora el grato asilo que ofrecen el campo y la amistad sincera al que herido en las luchas del mundo á su abrigo se acoge; cuándo las dulces y vivas memorias que la patria ausente despierta en su clima, sus aves y sus bosques; cuándo la vetusta casa donde se pasó la primera juventud y que se encuentra abandonada y desierta; ya maneja el gracejo felizmente en *Un Consejo de Familia*; ya expresa con honda amargura el negro pesimismo en *Reír Llorando* ó roba la nota terrible á Juvenal para lanzar imprecaciones candentes en *La Adúltera*; bien encumbra el vuelo y ensalza en concisas y rotundas estrofas á Garibaldi, ó desbordando en exuberancia de colores, canta las muertas glorias de la ciudad de Toledo, ó bien, finalmente, celebra la fraternidad entre Méjico y España.

Esta última nota de su lira es otro título de su originalidad. El recuerdo de la lucha tenaz empeñada entre la metrópoli española y la mayor parte de sus colonias de América, que dió fin con la emancipación de éstas, había estorbado por largo plazo franca y duradera reconciliación entre pueblos propiamente hermanos y que comparten comunes glorias. La reconciliación llevada á cabo en el terreno diplomático, no bastaba; era preciso algo más que brotara antes del corazón que de las conveniencias de Estado. Y aun cuando en Méjico de tiempo atrás venía dejándose sentir un vago sentimiento de simpatía hacia la vieja y hazañosa España, nadie le había dado cuerpo y expresión poética, la más estable que puede tener un pensamiento; y Peza ha tenido éste, al par que privilegio, noble atrevimiento, seguramente no bien mirado por aquellos pocos espíritus reacios y de *mirar arcaico* que todavía ahora, olvidándose de la España de las Casas, Gante é Isabel I para no ver más que la España de la Conquista, se desatan en diatribas hacia la que, quiéranlo ó no, fué generadora de su nacionalidad. Como indirecta protesta contra tal proceder dice bellamente el poeta mejicano dirigiéndose á España :

Entre tus dones heredé tu lengua
Y nunca la usaré para insultarte.

Expresión feliz en la cual da se á entender que si el poeta renagara de España, el mismo idioma (símbolo de toda una herencia de cultura) de que para ello tendría que valerse, protestaría contra su acción. Son varias las poesías que á dicho asunto consagra, todas hermosas, todas inspiradas, si bien entre ellas sobresale la que lleva por título *Méjico y España*; en la cual celebra las glorias de ambas naciones.

Si el estro se manifiesta en todas las composiciones á que hasta ahora se ha hecho referencia, no sucede lo propio en las poesías amatorias del autor. Peza, estrictamente hablando, no es poeta erótico. Al expresar el amor parece que la inspiración le fallace. Cosa singular; esa pasión, fecundo é inagotable tema que ha hecho producir bellísimas poesías á casi todos los poetas líricos, no sugiere en él ideas nuevas ni ardorosos sentimientos. Buen número de composiciones de este linaje han salido de su pluma, excediendo en mucho al de los otros géneros; mas adviértese en ellas carencia de novedad, ó falta de interés en su desarrollo y

abundancia de lugares comunes; defectos de que se libran muy contadas, aquellas que como *Nieve de Estío y Su Última Carta* (de factura campoamoriana) no carecen de brillantes rasgos. Pero en lo general tratándose de estas composiciones diríase que el autor no siente lo que dice, y que si la nota amorosa no falta en su lira, es sin embargo la menos sonora y vibrante. Á más, la forma adolece de bastante descuido particularmente en las de la colección que lleva por título *Horas de Pasión*.

Posee asimismo algunos interesantes romances, no exentos de ciertos prosaísmos y difusión, inspirados los más de ellos, en nuestra guerra de tres años, y en la de la intervención, en los cuales se refieren esos sublimes rasgos de los héroes, no registrados muchos por el severo escrúpulo de la historia, y que el poeta debe sin embargo recoger de la tradición é inmortalizar en sus cantos.

Por lo que al estilo mira, distínguese el del autor por la claridad, facilidad y fluidez de las cláusulas, si bien en ocasiones desearíase mayor unidad en la estrofa. No se busque en aquéllas ni atrevimientos de hipérbaton, ni insólitos términos, ni rebuscadas perífrasis. La llaneza, la naturalidad,

son sus notas dominantes. La rima es rica sin ser rebuscada, con frecuencia, sonora.

El metro á que da marcada preferencia es el endecasílabo formando cuartetos, habiendo hecho con los serventesios Peza lo que un crítico dice hizo con la estrofa de seis versos Núñez de Arce, esto es, apropiársela por derecho de conquista. El endecasílabo que por la flexibilidad suma de que está dotado, se presta á los más variados tonos, ha podido emplearlo sin caer en monótono, en gran número de sus composiciones y aun de índole diversa. Sirveles á otras de vestidura el octosílabo, ya formando redondillas, ya décimas, y manejado por el autor con igual soltura que el endecasílabo. Sus décimas son fascinadoras por lo bien cinceladas; sonoras, musicales, y á veces grandiosas por el pensamiento que contienen; al paso que en sus redondillas es de notarse su perfecta adaptación al asunto que encierran.

En cambio, el soneto, el terceto y la octava real, versos de corte clásico, no obtienen su favor sino por caso raro; quizá por demandar su estructura detenimiento y estudio á que poco se presta la exuberante y espontánea inspiración del poeta.

Á la facilidad y extraordinaria fecundidad de

éste, sin duda, débese no sólo el oro de baja ley que se halla en la colección de sus obras, donde no escasea la quincalla literaria, sino el que sus más granadas composiciones vayan con la nota de algún descuido. Si él castigara sus obras y escribiera menos, alcanzaría mayor brillo y perfección. Para su gloria de lírico bastóle á Manzoni con seis *Inni Sacri* y su oda á Napoleón, y un madrigal libró para siempre del olvido el nombre de Gutierre de Cetina.

Tan importante como la idea es la forma que la reviste; y pecan por igual contra el arte y merecen igual censura, así aquellos que por tener inspirados conceptos desdeñan la corrección de la forma, como los que desprovistos de inspiración, hacen correctísimos versos. No basta tener numen, no basta tener lozana fantasía, requiérese además, ser dueño de la forma, ser maestro en ella. El verso sin inspiración es cuerpo sin vida, mas la inspiración sin la bella forma semeja mujer inteligente y graciosa desprovista de hermosura. Nada sintetiza mejor las exigencias del arte á este respecto como aquel verso de Chenier :

Sur des pensées nouveaux faisons des vers antiques
en el cual están condensados los cánones estéticos,

cuya observancia fiel asegura á las producciones que á ellos se sujetan duradera vida en vez de efímera existencia.

El señor Peza no se contenta con ser realista de buena ley, sino que en ocasiones suele ser *efectivista*. Excelente lector dotado además de una magnífica voz para la tribuna, cuya hábil emisión hace que el espectador más distante no pierda la menor sílaba de las palabras que sin esfuerzo brotan de su labio, da realce extraordinario á los versos que lee. De ahí el que no pocas de las composiciones que destina á la pública lectura, carezcan de gran valor intrínseco por ser obra meramente de circunstancias, mientras que otras veces el poeta, ávido de los entusiastas y estrepitosos aplausos que obtiene, procura únicamente el efecto, todo el efecto posible del momento, sin cuidar de otra cosa; de donde resulta que aquello que en un principio nos atraía por la hábil lectura y en el calor del espectáculo, después, cuando ya no median esas circunstancias, palidece, á guisa de esos cuerpos luminosos y errantes que al atravesar la atmósfera brillan, deslumbran y desaparecen.

Sin embargo de brotar espontáneas y fáciles, y de no recibir esmerado pulimento las composi-

ciones de Peza, las tiene, según queda indicado, y en no escaso número, bellísimas, lo propio en la idea que en la forma.

En la poesía dedicada á una amiga del poeta, ausente como él de Méjico, su común patria, y que lleva por título *Recuerdos*, se leen estancias tan llenas, sonoras y armoniosas como las siguientes á las que pocas pueden compararse :

¿Dó está la blanca garza voladora
Que los juncales en el lago agita?
¿Dó está el zenzontle que dormido imita
De las vírgenes selvas el rumor?

.....

Allá bajo los toldos del follaje,
Que Otoño esmalta con doradas pomas,
Búliciosa bandada de palomas
Se arrullan tristes al morir el sol.

La alondra habita los risueños valles,
Y cual flores con alma, en los jardines,
Agitan los parleros « colorines »
Sus alas que envidiara el arbol.

.....

Dos aves hijas de la misma selva
Que abandonan la rama en que han nacido,
Si llegan á encontrarse, hablan del nido
Que fué su casto y primitivo hogar.

En la poesía *Mi Padre* brillan pensamientos tan
nuevos y elevados como éstos :

Yo tengo en el hogar un soberano,
Único á quien venera el alma mía ;
Es su corona de cabello cano,
La honra su ley y la virtud su guía.

La amarga proscripción y la tristeza
En su alma abrieron incurable herida ;
Es un anciano y lleva en su cabeza
El polvo del camino de la vida.

Ve del mundo las fieras tempestades,
De la suerte las horas desgraciadas,
Y pasa, como Cristo el Tiberiades,
De pie sobre las ondas encrespadas.

« Haz el bien sin temer el sacrificio,
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,
Y halla quien odia la maldad y el vicio
Un tálamo de rosas en la muerte. »

Después de leer estos versos siéntese como un
alivio en el espíritu.

De las geniales composiciones de nuestro poeta,
unos habrá que prefieran el ingenioso donaire de
César en Casa ; otros apreciarán, sobre todo, los
primores que lucen en *Teología Infantil* ; á éstos
gustarán más los detalles realistas de *Cómo es
Margot*, *Reyerta Infantil* y *El Gran Galeoto* ; á
aquellos encantarán, particularmente, la ternura de
Á mis Hijas ó *El Culto del Abuelo* etc. ; mas nos-
otros anteponeamos á todas esas delicadas crea-
ciones las bellezas de *Fusiles* y *Muñecas*, *Éste era
un Rey*, *La Noche Buena* y, sobre todo, *En el Cielo
y en la Calle*, obra maestra de sentimentalismo que
labrará á su autor eterno renombre.

Los juegos primeros de la infancia por cuyo
medio comienzan á revelarse en un principio,
como rasgos característicos de los sexos, el valor
en el hombre y la ternura en la mujer, y después,
las geniales inclinaciones que desarrolladas con la
edad han de constituir el carácter distintivo del
individuo, y decidir tal vez de su fortuna en el
mundo ; los ensueños de los niños, que juzgan
que todas las cosas son buenas porque su alma
está envuelta en un nimbo de bondad ; las dudas y

los temores que todo ello despierta en el corazón del padre, sobre la suerte futura de sus hijos y esto expresado con inefable encanto, constituye el asunto de *Fusiles y Muñecas*.

En *Éste era un rey*, sorprende la difícil facilidad de la inventiva y de la ejecución; y cuantos hayan tenido la dicha de acariciar á un niño y apreciar el embeleso que causan sus gracias, esos mejor que nadie sentirán la belleza de esta composición.

¡La noche buena! Á cuántos poetas no ha inspirado una fiesta tan llena de recuerdos; y sin embargo, qué novedad ha sabido dar nuestro autor á sus versos sobre un tema que parecía agotado; qué animación y qué vida hay en ellos; qué cuadro tan acabado pinta de la familia; cuánto sabor local contiene esta composición. Al leerla se respira ambiente de pino; huele á heno. Está escrita *d'un seul jet*. Comienza festiva y ligera, sigue grave y triste para finalizar en un grito de forzado júbilo ahogando los sollozos. Nos parece más triste que todas las elegías de Ovidio.

Pero donde el numen de Peza ha alcanzado su mayor plenitud, donde ostenta todo el poderío su estro delicado, es en el poemita *En el Cielo y en la Calle*. Todo en él es admirable; argumento.

desarrollo, caracteres, elocución. Para hablar dignamente de composición semejante necesitaríase ser poeta como su autor. ¡Cuánta grandeza en tanta pequeñez! El asunto no puede ser más sencillo: una anciana trata de referir á su nietezuelo un cuento que éste interrumpe con las preguntas naturales en un niño; pero qué manera de concebirlo tan bella; suspende verdaderamente. Los personajes, el niño y la anciana están admirablemente delineados, al paso que el diálogo, en este caso por su naturaleza difícilísimo, está sostenido hasta el fin á la perfección. ¡Cuánta verdad en las preguntas del niño, y qué encanto en todo lo que la abuela responde!

No decimos que sea un modelo acabado, porque eso no se puede imitar. Obras como ésta se hacen en aquel momento supremo y único que el Cielo otorga al ingenio para que produzca su obra maestra.

Hemos dicho que no es éste sólo el género en que Peza sobresale; pues de sus mejores poesías de diverso carácter son sin duda, juntamente con las ya citadas, *En mi Barrio y Frente á Toledo*. Es la primera una verdadera elegía en la cual hasta el metro mismo, con acierto elegido, contribuye

eficazmente á comunicar al lector melancolía. Hay en ella verdadera armonía imitativa. El poeta vuelve después de los años á visitar el barrio y la casa donde vivió y amó. La encuentra abandonada, desierta; y la impresión que en su alma produce espectáculo semejante, exprésalo con raudales de poesía. Después de hablar de la casa desierta, de la vieja ventana sobre la cual está la imagen de piedra á cuyas plantas, en otro tiempo, se regaban frescas flores, que hoy ya no inspira santo fervor, cubierta por el polvo y las telarañas, agrega:

Por muchos años allí prendido,
Único adorno del tosco altar,
Flota un guiñapo descolorido
Piadosa ofrenda que no ha caído
De las desgracias al hondo mar.

A arrebatarlo nadie se atreve;
Símbolo santo de gran piedad
Mira del tiempo la marcha breve
Y cuando el aire lo empuja y mueve
Dice á los años: pasad, pasad.

¡Pobre guiñapo que el aire enreda,
Qué amarga y muda lección me da!

La vida pasa y el mundo rueda
Y siempre hay algo que se nos queda
De tanto y tanto que se nos va.

.

¡Toda ha pasado! ¡Todo ha caído!
Sólo en mi pecho queda la fe
Como el guiñapo descolorido
Que á la escultura flota prendido;
¡Todo se ha muerto, todo se fué!

.

Ya no hay macetas llenas de flores
Que convirtieran en un pensil
Azotehuelas y corredores...
Ya no se escuchan frases de amores
Ni hay golondrinas del mes de abril.

No puede ser más sentido lo que así se expresa; y ante tal elocuencia repetimos las palabras que *El Nigromante* decía á su discípulo: « Quien así siente, quien así se expresa, no hay duda que en alas de su corazón y de su fantasía ha podido vagar por las poéticas regiones ». Cuánto color local encierra también esta composición. Aquella puerta exigua que en ella se menciona, aquella oscura calleja, la santa de tosca piedra, los tiestos azules,

las jaulas de las azotehuelas, las flores secas de las pasadas verbenas, todo, todo nos retrata por modo poético la ciudad del pasado, el Méjico de antaño con sus casas de oscuro tezontle, y sus nichos, y sus cruces de tosca piedra, y sus antiguas verbenas, que va desapareciendo en metamórfosis si plausibles á la higiene, funestas á lo pintoresco. La comparación del guiñapo con la fe no pudo haber sido más natural y felizmente hallada. Brota de las entrañas del asunto.

Una ruina hizo nacer tan sentida elegía, otra ruina arranca al poeta quizá sus más armoniosas y musicales estrofas exuberantes en colorido: la ciudad de Toledo. Romana, goda, cristiana, musulmana, española á un tiempo; poblada de tradiciones y de recuerdos; corte un día lleno de esplendor y tumba que á la vez ha sido de cien generaciones, la muerta ciudad ofrece motivo opulento no ya á la meditación del historiador y al examen del anticuario, á los cantos del poeta; y Peza que la ha contemplado no en los transportes de su imaginación, sino realmente, de hecho, pisando sus arenas, respirando su ambiente, vagando entre sus ruinosas fábricas, ha podido sentir su muerta grandeza y cantar su pasada gloria; y para ello ha

dispuesto del mismo incomparable idioma en que se escribiera *El Cristo de la Vega*, y por eso ha competido en rítmica armonía y en combinaciones de sonidos y líneas y colores, con el musical Zorrilla.

Véanse en comprobación de ello, las siguientes décimas ya que no transcribimos la composición entera por ser extensa:

Arriba azul, verde abajo,
Pleno abril, sol esplendente,
Y yo sentado en un puente
Que cabalga sobre el Tajo.
Ara el buey con gran trabajo
La lejana sementera;
Zumba la abeja doquiera;

Cada planta tiene flor;
Los cielos dicen: ¡amor!
Y los campos: primavera.
.

¡Cómo resaltan bañadas,
Del sol por los rayos puros
En cornisones oscuros,
Almenas desportilladas!
Sobre ramblas aplomadas

Se mira en conjunto vago,
 El rudo y constante estrago
 De los siglos, que han escrito
 Su paso sobre el granito
 Con ortiga y jaramago.

¡Toledo! rico tesoro
 De señoriales contiendas,
 De cuentos y de leyendas
 Que enaltecen al rey moro;
 Te envuelve en nimbos de oro
 El sol que tus campos baña.
 Y tienes la pompa extraña
 De una majestad caída
 Que refleja, ya vencida,
 Todo el esplendor de España.

• • • • •
 Con soberbia majestad
 Por la historia consagrados,
 Alza sus muros calados
 Coronando la ciudad,
 El Alcázar que en la edad
 De heroísmo sin segundo,
 Vió con asombro profundo
 Salir de allí, sin mancilla,
 Los leones de Castilla
 Para dominar el mundo.

Éstos son de aquellos versos que al par que complacen el entendimiento, deleitan el oído, y que, producto feliz de una fantasía fresca y lozana, llevan por sino quedar grabados en la memoria juntamente con aquellos otros fragmentos de la selecta Musa castellana que para saborearlos mejor, se aprenden y recitan á voluntad sin que sea necesario abrir el volumen en que estén impresos.

Véase, en fin, el levantado estro y la pureza de líneas de las siguientes estancias de *Méjico y España*, con las cuales ponemos punto al tal vez ya largo número de citas:

Admiro, Iberia altiva, tu nobleza,
 Tu carácter indómito y bravío,
 Pero á la par admiro la grandeza
 Y el heroico valor del pueblo mío.

¿Qué hallaste en estos reinos ignorados?
 Un pueblo que del oro no se engríe,
 Una Otumba que admira á tus soldados
 Y un Cuauhtemoc que en el tormento ríe.

Hasta ahora había sido celebrada Otumba por labios españoles, mas las glorias de esa memorable rota compártenlas mejicanos é iberos; y pues

éstos la ensalzaron, justo era que tuviese también del lado nuestro el canto que al fin hallara.

Habrásé podido por lo anterior apreciar que si bien es cierto que nuestro poeta descuella por sus cantos á la niñez, en los que su numen se eleva á una altura á que ningún otro llegara de los que han *effleuré*, valga la palabra, el género, lo es igualmente que tiene poesías de distinta índole muy bellas, mereciendo por unas y otras composiciones ocupar preeminente puesto en el Pindo mejicano.

Si bien las letras mejicanas, á partir de la Independencia, cuentan con exiguo caudal en dramas y novelas, en cambio, los cultivadores de la poesía lírica no han sido escasos entre nosotros. Cierto que no contamos con los Víctor Hugo ni con los Goethe con que otras literaturas se enorgullecen; pero hemos tenido, sin embargo, ingenios de sobresaliente mérito que han rendido culto á las Gracias, unos siguiendo derroteros frecuentados, otros más independiente camino. Y de estos últimos los que según la desautorizada opinión del que escribe estas líneas, tienen individualidad más marcada, personalidad literaria de mayor relieve, son (del Collado no nació en Méjico) Carpio, Acuña

y nuestro poeta. Cada uno de ellos á la originalidad suma el mérito intrínseco de sus obras, con su estilo, su manera propia no confundibles con los de otro alguno. Pesado, si se quiere, será más correcto; Arango, más atildado; de la pluma de Flores habrá salido la sin par creación de su *Eva*, etc.; pero ninguno presenta como los tres referidos un sello propio tan marcado, tan suyo, en el conjunto de sus obras. Sobresale Carpio en sus poesías sagradas; Acuña en los himnos á la inmortalidad de la materia ó á sus infortunados amores; Peza en sus cantos á la niñez; todos en la espontaneidad de su rica inspiración; y Peza que con los dos primeros posee composiciones de no pequeña valía, ha de gozar celebridad imperecedera, porque obras como las suyas son de aquellas que, como dice Taine, « sobreviven al siglo y al pueblo que las han producido salvando los límites del tiempo y del espacio; por donde quiera que se encuentre un espíritu que piense, serán ellas comprendidas; su popularidad indestructible y su duración infinita ».

MANUEL G. REVILLA.

Méjico, abril de 1891.